

RECONCILIACION Y ELECCIONES

La unidad política de Alemania tiene poco más de un siglo. En 1867 se constituyó la federación del Norte bajo la presidencia de Guillermo I (Prusia); en 1870, los Estados del Sur se sumaron a la guerra de Prusia contra Francia, y en 1871 se fundó el Imperio, con Guillermo I como Emperador. Quiere decirse que la vocación de Alemania por la unidad no es demasiado antigua ni su ámbito geográfico o histórico tan definido y tan antiguo como el de otros países europeos como para sentirse profundamente desgarrada por su división actual. Tampoco la Historia de este siglo de comunidad es tan brillante como para sentir nostalgia de ella: dos grandes guerras perdidas, el período anárquico de la República de Weimar, el largo y sangriento período del nazismo. El énfasis puesto desde el final de la guerra en la reunificación, sostenido por las naciones europeas —que jamás hasta ese momento habían sentido el menor deseo de ver unidos los Estados germánicos y habían hecho todo lo posible por dividirlos—, pertenece a otro tipo de política no estrictamente nacional: al movimiento occidental de enfrentamiento con las entidades comunistas europeas, concretamente con la Unión Soviética, en el período de guerra fría. Está en saldo ese período, y los dos fragmentos de Alemania pueden sentarse a negociar. El 8 de noviembre, a las cuatro de la tarde, se rubricó en Bonn el «tratado básico interalemán», que regula por primera vez desde la terminación de la guerra mundial las relaciones entre los dos Estados.

Si este tratado deja abierta una puerta a la posibilidad de reunificación futura, es de hecho una renuncia por parte de la República Federal a su sostenida doctrina de que es la única Alemania posible: el deseo explícito de que cada una de ellas pueda ingresar en las Naciones Unidas como miembro de pleno derecho, la negativa de que cada uno de los dos Estados pueda representar al otro o actuar en su nombre y el reconocimiento de que la soberanía de cada Estado se limita a su territorio y respetará la autonomía e independencia del otro en sus asuntos internos y externos, son datos suficientemente claros. No obstante quedan flotando

fórmulas vagas que indican que las relaciones mutuas no son exactamente las de dos naciones extrañas entre sí: ni siquiera figura la palabra «nación» en todo el tratado —se ha huido de ella—, y cuando se dice que las dos «intercambiarán representaciones permanentes», se ha evitado la palabra «embajadores» y se deja para más adelante la aclaración de esta práctica.

Parece que este tratado es la culminación de la obra política de Brandt como apaciguador —Premio Nobel de la Paz en 1971—, como reconciliador de su país con sus enemigos: el tratado con la URSS y con otras naciones fronterizas comunistas y el establecimiento de relaciones teóricamente amistosas —aún deben pasar años para que la tensión psicológica creada por la guerra fría se reduzca— con la República Democrática de Alemania. Es una baza para su confrontación electoral del domingo próximo. Finalmente será el nuevo parlamento surgido de estas elecciones y el gobierno que se forme después los que tendrán que ratificar el tratado básico interalemán. Sin duda lo harán, sea cual sea el resultado electoral del día 19. Si una política supranacional mantuvo encarnizada la brecha entre las dos Alemanias durante la guerra fría, una política supranacional obliga a su reconciliación y a su entendimiento. Sin la reducción de tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética no solamente no habría habido reconciliación alemana ni Premio Nobel para Brandt, sino que probablemente éste no hubiese llegado nunca a ser canciller de la RFA. Adenauer y sus sucesores de la democracia cristiana más rígida fueron fruto de la guerra fría; Brandt lo fue de la coexistencia pacífica. Lógicamente, Brandt debe seguir siendo ahora el personaje de esta política, aunque no pueda descartarse la posibilidad de un movimiento regresivo con carácter episódico. Que no pondría en peligro la reconciliación. Las fuerzas supranacionales que tienden al entendimiento europeo y la conferencia de seguridad —para la cual era básico que no hubiera un contencioso alemán— y al acuerdo global entre Estados Unidos y la URSS están hoy por encima de las dos Alemanias. ■ JUAN ALDEBARAN.

La Capilla sIXtina

JUAN GOYTISOLO Y ANDORRA

Estaba aburrido, y cuando uno está aburrido sólo se pueden hacer tres cosas: comer, comprarse algo o hacer el amor. En la imposibilidad de hacer nada de esto, no queda otra solución que ver la televisión. Y me resigné. Pueden ustedes comprender cuánta resignación necesitaba, pues la única perspectiva televisiva que tenía era presenciar un telefilm de la serie «Los atrevidos». De todas las series de abogados, la peor es, sin duda, la que programa ahora Televisión Española. Pero era miércoles. Era tarde. Estaba cansado, harto. Estaba de mal humor por la victoria de Nixon en las elecciones norteamericanas. En fin, creo que todos estos ingredientes son atenuantes de paso.

Bien. Me predispongo a agotar mansamente los minutos de vida que me quedaban aquel día 8 de noviembre de 1972, y de pronto algo ha pasado en la pequeña pantalla que me hace saltar del asiento. Ante mis ojos aparece la portada de la edición mexicana de *La isla*, con el nombre del autor de esta novela: Juan Goytisolo. ¡Goytisolo, en Televisión Española! ¿Ha cambiado la programación? ¿Ha cambiado el criterio de programación de TVE? ¿Qué tiene que ver este sorprendente signo con la victoria de Nixon en las elecciones norteamericanas? ¿A caso Occidente se siente más seguro después de la victoria de Nixon y puede permitirse el lujo de que Goytisolo aparezca citado en Televisión Española?

Estos enigmas no me dejaron ver la serie tranquilo. Como todos ustedes saben, Televisión Española tiene una lista negra de intelectuales vetados, que es como un rollo de papel higiénico al lado del papel de fumar donde consta la lista blanca de los intelectuales no vetados. Juan Goytisolo es uno de los más vetados. Y mira por dónde está ahí. Ante mis ojos: *La isla*, Juan Goytisolo. Yo espero que el libro se aparte y detrás de él salga algún comentarista habitual. No. Detrás del libro sale un viejo actor de carácter de Hollywood, especialista en papeles de indio malo, y la secuencia está dentro del guión de «Los atrevidos». No sólo aparecen el libro y el nombre del autor, sino que también hay una conversación literaria entre el protagonista del telefilm y el lector:

—Un autor importante, por el que tengo la misma admiración que le tenía a Hemingway.

¡Juan, te han consagrado ante tus paisanos! (Grito en una especie de «delirium tremens») Ha tenido que venir la NBC o cualquier cadena norteamericana productora de telefilms para imponer en la pequeña pantalla el nombre de Goytisolo. ¿No habríamos salido ganando con una superproducción de TVE sobre la base de *Señas de identidad*, del propio Goytisolo, realizada por Valerio Lazarov y con un comentario preliminar, a dúo, entre Sartre y la Beauvoir?

Agotado por las emociones vividas, me entrego al regazo del sofá y espero acontecimientos. Las peripecias que vive el personaje central son tediosas. Pero de pronto vuelvo a ver o escuchar algo que me devuelve la fiebre perdida.

Andorra.

¿Han hablado de Andorra? ¡Han hablado de Andorra!

Casi lloro. Televisión Española parece desconocer dónde está Sabadell o Portugalete, y desde luego Andorra. En cambio, los guionistas americanos de la serie «Los atrevidos» saben dónde está Andorra. ¿No es maravilloso? ¿No es reconfortante que la cultura de masas, de vez en cuando, tenga estas perlas?

Uno de los personajes del telefilm que contemplo empezó a hacer su fortuna en Andorra. Legítimo. Porque en Andorra, hace algunos años, se hicieron fortunas vendiendo vajillas de duralex y transistores japoneses.

Es superior a mis fuerzas. Jadeante. Exultante. Cansado, muy cansado, soy consciente de que los Estados Unidos podrían hacernos mucho bien por el procedimiento de reflejar problemas nuestros, o problemas vecinos que nos atañen, por el vehículo indirecto de Televisión Española.

Sería muy conveniente, por ejemplo, que en un guión de la serie *Embrujada*, el personaje central se propusiera de pronto convocar al fantasma del asociacionismo español ante el retintín impertinente de su madre y el pánico prudentísimo de su esposo, el especialista en publicidad.

—¡Samantha! ¡Quita eso de ahí, que puede comprometernos!

—Jamalaji, Jamalajá. Asociacionismo vete ya.

Pero al menos lo habríamos visto, aunque sólo fuera una décima de segundo.

Americanos: ¡ayudadnos a encontrar nuestras señas de identidad! ■

SIXTO CAMARA